FELIPE TEIXIDOR

VIAJEROS MEXICANOS

(SIGLOS XIX Y XX)

EDITORIAL PORRÚA

Primera edición, 1939
Primera edición en la Colección "Sepan Cuantos...", 1982

Derechos reservados

Esta edición y sus características son propiedad de la
EDITORIAL PORRÚA, S. A. DE C.V.—4
Av. República Argentina, 15, 06020, México, D. F.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Copyright © 2002

ISBN 970-07-2800-5 Rústica
ISBN 970-07-3326-2 Tela

BIBLIOTECA
REBI
RED DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD
GUADALAJARA
BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE JALISCO "JUAN JOSÉ ARREOLA"
No. de adquisición: 0119839
Fecha: 19-Ene-11
Procedencia: Compra
No. de código de barras

FELIPE TEIXIDOR

VIAJEROS MEXICANOS

(SIGLOS XIX Y XX)

TERCERA EDICIÓN

EDITORIAL PORRÚA
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 2002

PRESENTACIÓN

"Sepan cuantos... esto leyeren, que es la reverencia debida a ese misterio que el hombre percibe en la amistad acendrada, lo que nos motiva a dedicar el número 350 de esta colección, el amigo ausente: a Felipe Teixidor. Y nos parece recibir de él un saludo alegre por ver figurar su nombre en ella, como compilador y comentarista de algunos de los viajes realizados por distinguidos mexicanos en los siglos XIX y XX.

La Editorial Porrúa, de la cual fue don Felipe, durante muchos años un eficaz colaborador, puso amor y empeño para que llegase, como las palabras del pregón, a todas las latitudes sociales, geográficas y económicas, un conjunto de lecturas buenas, que abarcan gran cantidad y diversidad de géneros para satisfacer las apetencias particulares de los lectores maduros, y también de los jóvenes curiosos, cuya sensibilidad se va orientando, a través de las fantasías hacia las verdades inconmovibles y eternas.

Viajeros Mexicanos (Siglos XIX y XX) es editado por primera vez en 1939, con una tirada de 500 ejemplares, en la colección *Letras de México,* dirigida por Octavio Barreda, escritor y diplomático mexicano, poseedor de una capacidad creativa extraordinaria, sacrificada generosamente para dedicar todo su esfuerzo a aquellas dos revistas inolvidables: *Letras de México* y *El Hijo Pródigo,* donde se dan a conocer los nuevos valores intelectuales de México y el extranjero.

Volvemos a leer estos viajes y, meditándolos nos damos cuenta de la inmensa diferencia que existe entre *viajar* y *trasladarse.* Hoy el hombre se lanza, en una parábola de menor y mayor alcance, de un país a otro, de un continente a otros continentes. Lleva el tiempo medido y se ve obligado a reprimir su curiosidad y se resigna, aceptando lo que los paquetes aéreos quieran o puedan mostrarle; no enseñarle. Y así continúa siendo trasladado y marchando junto al guía que ya recita de memoria. Ésta es toda la ilustración y saber que envuelve al turista de nuestro tiempo.

El turismo constituye una fuente de riqueza para muchos países, existen secretarías de estado para el fomento y regulación de esto que ya se ha convertido en industria internacional. La gente se traslada para divertirse, para comprar; y en todas partes les esperan ávidos los vendedores de cosas. Regresan a su país de origen como el que ha ido a una fiesta cualquiera; y no relatan nada nuevo, no nos comunican su interpretación personal de los lugares visitados, la emoción no pudo suscitar en ellos la verdadera *contemplación* de lo que les brindó cada ciudad, cada paisaje.

Felizmente en aquellos años treinta, del presente siglo, no eran muchos los que volaban a otros pueblos y por eso nos es dado el poder gozar más estas impresiones de viajeros mexicanos, casi viandantes, por tierras nacionales y extranjeras. Dichosos aquéllos a quienes les fue posible identificar países y descubrir el perfil nítido de las ciudades que todavía destacaban sobre el cielo sus siluetas típicas, sin las bruscas interrupciones de la contundente ingeniería en edificios altos, verticales. Algunos de nuestros viajeros pudieron entonces ver *con sus propios ojos*, y comprobar la existencia de lo que las ilustraciones de libros y revistas dieron lugar a impulsar en ellos su deseo de *viajar*.

El lector encontrará en la *Advertencia* de Felipe Teixidor, que precede a estos viajes, sugerencias de gran interés y que nos hacen reflexionar sobre la variedad de las reacciones del hombre cuando se introduce en un medio que no le es familiar. En cuanto a los que viajaron por tierras nacionales, ya observa Ignacio Altamirano al comienzo de los párrafos citados por Teixidor: "Sólo los mexicanos hemos escrito poco acerca de nuestro país...", y continúa esto repitiéndose en nuestros días. No escriben lo que podrían describir con mayor intensidad y profundo conocimiento, por ser el medio en que han crecido y vivido. Y al mexicano le interesa el comentario de sus buenos escritores sobre la propia tierra, sobre sus ciudades y aconteceres. Quizá la lectura de los juicios de Ignacio Altamirano, estimulen a nuestros autores, y al sencillo viandante, para que nos obsequien y transmitan sus impresiones como *viajeros mexicanos, en México*.

LOS EDITORES.

México, D.F., diciembre de 1981

SIGLO XIX

BERNABÉ LOYOLA

(1855)

Es el sábado el día de la semana más grato a los bibliófilos. En la tarde, recorren todas las librerías de viejo de la ciudad: las de alcurnia y las humildes. Tienen en todas ellas los compradores ricos el derecho de apartado, como es el exclusivo registro de grandes cajas de libros, o bien el privilegio de ojear y de hojear, a solas, en la trastienda, manuscritos raros y de misteriosa procedencia. El bibliófilo pobre sabe esperar con resignación a que acaben sus largos escrutinios los que gozan de valimiento, pues tiene presente, por largas experiencias, que "Del refectorio las migajas". Y, una tarde de sábado, entre las migajas que otros habían dejado, hallamos este librito que contiene los Doce Episodios de la Vida de Bernabé Loyola.

A primera vista, el nombre del autor y el pie de imprenta nos dejaron perplejos. Bernabé Loyola era un desconocido para nosotros, y el pie de imprenta: Juriquilla, se nos antojaba colombiano. Aclaróse, en bien de México, este último punto, al acudir a los últimos Censos Estadísticos. El de 1930 sitúa a Juriquilla en el Estado de Querétaro. Es una hacienda que congrega a su alrededor a unos quinientos habitantes. Podríamos asegurar que el libro fue impreso por el mismo autor; el tipo empleado y, sobre todo, la composición lo infieren. En cuanto a Loyola, sólo sabíamos después de leerlo, que era mexicano y de pura cepa. Pero nadie como el investigador de cosas mexicanas puede decir con más razón, que en donde menos se piensa se levanta la liebre. Consultando, con otros fines, las Obras Completas de Melchor Ocampo, *editadas por el infatigable don Ángel Pola, encontramos en el tomo II, página 11, una carta de nuestro autor, fechada en Querétaro el 28 de diciembre de 1900, en donde proporciona algunos datos acerca del patricio michoacano. Y en una nota del señor Pola, se lee que "El señor Senador D. Bernabé Loyola fue su íntimo amigo y le visitaba a menudo en Pomoca, donde pasaban horas muy entretenidas, ya jugando al ajedrez, ya discurriendo en el hermoso jardín sobre temas de agricultura y ganadera, ya leyendo o traduciendo autores franceses". Las horas más entretenidas —añadiremos nosotros—, serían aquéllas en las que el joven amigo de Melchor Ocampo contaba sus primeras aventuras y hazañas de viajero y de jinete. Fue Bernabé Loyola un gran charro, comparable a Inclán, el autor de la maravillosa obra* Astucia,

el Jefe de los Hermanos de la Hoja o Los Charros Contrabandistas de la Rama. *Comparables también en la manera de escribir, con una coincidencia en lo esencial, los dos "sorprenden por su mexicanismo sin par". Lástima grande que el señor don Carlos González Peña no tuviera a la vista los* Doce Episodios de Loyola, *cuando escribió aquel estudio de* Luis G. Inclán en la Novela Mexicana.

Bibliografía

* *Doce episodios de la vida de Bernabé Loyola escritos por él mismo y dedicados a sus queridos hijos.* Primera edición. Imprenta de Juriquilla. Año de 1876.
Índice: Introducción.—Naufragio en la calle de la Acequia de México.—Una carrera a caballo a las once de la noche.- Un hecho risible.—Mi primer viaje a Veracruz.—Una doble prueba de confianza.—Un abuso de confianza.—Un susto en el mar.—Un viaje al Niágara.—Un acontecimiento a bordo.—Una sorpresa en Cuajimalpa (episodio de guerra).—Un lazo provechoso.—El fantasma de la Hacienda de Enyege.

UN LAZO PROVECHOSO

Había yo trocado la mancera por el bastón, la cotona de cuero por la levita, y el sombrero poblano cubierto de dijes de plata por el sorbete ridículo pero indispensable cuando se vive en nuestra bella capital; pero la vida de marqués que en México llevaba, me aburrió bien pronto. Con veinticuatro años de edad, una salud perfecta, tal cual energía de carácter, alguna actividad en mi manera de obrar; con un pequeño capital más que suficiente para cubrir mis necesidades, puesto que era solo, enteramente solo, y en el pleno goce de la más completa libertad, buscaba emociones, cambios y aventuras, riesgos, trabajos, en una palabra: movimiento y novedad.

Había viajado bastante en el extranjero, pero muy poco en mi país y esta última consideración fue decisiva.

Tocaba a su término la desdichada administración del Alteza Serenísima. Se hundía bajo el peso de sus desaciertos, de su inmoralidad y a virtud de los ataques incesantes que le asestaba el Partido Liberal.

El Estado de Michoacán se hallaba en completa conflagración, y numerosas partidas de pronunciados, gran parte de ladrones, lo recorrían principalmente en su parte sur.

El tránsito por el camino de ese rico y opulento estado de la confederación, era en extremo peligroso, y precisamente por eso lo escogí para hacer una expedición.

Discurrí ir a Zamora o adelante a traer vacas paridas para venderlas en México, o establecer una ordeña. A comprar toros para poner un coleadero como especulación, pues me constaba por experiencia la dificultad y dispendios que nos costaba a los coleadorcitos de la capital, conseguir para divertirnos algún toro ético o algún pacífico y respetable buey.

Volví pues a dejar la levita por el coleto, arméme de campo con grande alboroto, y gozoso y satisfecho de mi resolución salí una mañana de México, como el ilustre manchego de su ignorada aldea.

Pero desde la bajada del monte de las Cruces, hasta los últimos confines de Maravatío, tenía yo hacendados amigos a quienes fui visitando por expresa invitación suya, e inútil es decir que sus toros y sus yeguas nos sirvieron de diversión durante muchos días. Por fin llegué a Acámbaro, y para adelante empecé a entrar en terreno para mí desconocido.

Sin ningún enojoso encuentro hice mi viaje a Guaracha, donde compré a plazo una considerable partida de vacas paridas. A Uruétaro, donde adquirí al contado una partida de toros; pero en mi viaje de Zamora a Morelia, tuvo lugar el hecho materia de este capítulo.

Era en agosto. Un furioso aguacero me asaltó casi al llegar a una ranchería llamada Caurio, y como la noche se acercaba resolví detenerme en aquel miserable poblado.

Llovía aún, cuando llegué a él y por lo mismo me guarecí del agua bajo el alero de la primera casa que encontré, y desde a caballo me dirigí a una anciana que en ella se encontraba, pidiéndole alojamiento por aquella noche.

No me lo negó, pero creí notar alguna mala voluntad. La mujer además estaba muy llorosa y afligida y a esto atribuí lo que me pareció su mala disposición; por otra parte no había allí mucho donde escoger.

Luego que disminuyó la lluvia eché pie a tierra y entré al cuartito único de aquella casa, cuya cocina estaba al lado. Pregunté a aquella mujer sobre pronunciados y al oírme, dando suelta a sus lágrimas , me contestó entre sollozos y suspiros que en el "Puerto", quiere decir, a mil metros cuando más de aquella casa sobre el camino que debía yo seguir, se encontraba una numerosa partida hacía dos o tres días, y que nadie pasaba por allí (era el camino de Morelia y de México) sin ser despojado completamente; que un hijo de la pobre anciana se hallaba detenido por esos ladrones desde el día anterior; que las partidas de puercos pagaban un tanto por cada cabeza para poder continuar su camino; que a cada momento venían algunos de aquellos bandoleros a Caurio por tortillas, gallinas, huevos, etc., y que era probable que pasado el aguacero, vinieran algunos proveedores a renovar sus provisiones; que en ese caso, nada remoto, yo y mis caballos, ropas, etc., corríamos un grandísimo riesgo.

El relato de aquella buena mujer me alarmó en alto grado, y mis deseos de encontrarme con pronunciados (vulgo ladrones) se resfriaron notablemente. Pero ¿qué hacer?; mis caballos estaban muy cansados, la noche se había venido encima oscura y tenebrosa; no había en aquellas inmediaciones ninguna hacienda, ningún rancho donde ir a dormir, y como la lluvia no cesaba ni daba indicios de cesar en toda la noche, me resolví a quedarme en aquella casa corriendo el inminente riesgo de ir a amanecer en poder de aquellos peajeros de nuevo cuño.

Es verdad que el tiempo estaba tan malo que era necesario una causa muy poderosa para echarse al camino. En esto me fundé para creer que los señores pronunciados, dejarían para la madrugada su visita a Caurio, y por mucho que madrugaran no habían de encontrarme en la cama, porque me proponía salir a las doce o la una, rumbo a Puruándiro, llevado por un guía que la buena vieja me ofreció.

Una taza de un chocolate detestable hecho en agua puerca, fue lo único que como cena tomé ¡tal estaban de agotados los víveres por los peligrosos vecinos del "Puerto"!

Me acosté luego y a eso de la una estaba yo en pie y listo para montar; pero el guía no venía y fue necesario esperarlo más de una hora.

Me acompañaban dos mozos, uno de estribo muy servicial, muy humilde, muy honrado y muy apto para el servicio de camarista; pero como hombre de a caballo verdaderamente dejaba mucho que desear. De Zamora traía yo al otro mozo que venía conmigo, y aunque me lo habían recomendado como hombre útil y honrado, no había tenido lugar de conocerlo.

En cuanto a bestias, ambos criados montaban buenos caballos, y para mi uso venían, un caballo rosillo de paso, bueno y fuerte pero muy estropeado, una mula de silla y un excelente caballo colorado, de los buenos que he tenido para operaciones de campo. Llamábale yo el *Deshonesto* por tener un poco torcida la cola en la raíz, y que costaba doscientos pesos.

Llegado que hubo el guía me dispuse a montar en el rosillo, que era el ensillado, llevando el maletón o almofrez la mula y yendo de mano el *Deshonesto*. En el maletón llevaba yo dos onzas de oro, quinientos pesos en plata, ropa de cama y de cuerpo y algunos interesantes papeles.

La lluvia que no había cesado, por fortuna continuaba todavía, y lo encapotado del cielo hacía que la noche fuese bastante oscura.

Ya a caballo debajo del alero de la casa desaté de los tientos la manga de hule y al sacudirla para ponérmela se espantó la mula, dio la estampida siguiéndola el *Deshonesto,* que no pudo o no supo contener mi mozo de estribo, y ambos animales desaparecieron instantáneamente rumbo a Zamora.

Los dos mozos, más bien por huir de mi enojo, se lanzaron al galope y pronto se perdió el ruido de sus caballos.

Me quedé hecho un tonto, muy incomodado conmigo mismo y con el mozo, y dando por hecho que o perdía yo los animales, o me exponía buscándolos a caer en manos de los ladrones cuyas fogatas estaba yo mirando a la entrada del "Puerto".

Los gritos indiscretos de los mozos debían despertar la vigilancia de los bandidos, o cuando menos habían de ahuyentar más a los animales que perseguían.

Mucho me llamó la atención que ambas bestias tomaran hacia Zamora y no hacia Morelia; pero luego pensé que aquella dirección la había determinado el susto que habían recibido, y que cuando pudieran, debían tomar el camino de Morelia, que era el que conducía a México, donde ambos estaban aquerenciados.

Cuando me vino esta idea, tomé la dirección del "Puerto", y acercándome a la gavilla lo más que permitía la prudencia, me coloqué

en donde el camino comenzaba a estrecharse en medio de dos cercas dobles de piedra para lanzar mi caballo.

Puesto debajo de un árbol y abrigado por su sombra que producía una oscuridad casi perfecta, preparé mi reata fiado en que el *Deshonesto,* seguido de la mula, no tardaría en llegar, si es que no había pasado ya.

Con la ansiedad que puede comprenderse esperaba yo poniendo el oído a los menores ruidos; pero nada oía, ningún rumor se escuchaba. La lluvia seguía cayendo. El camino, principalmente en la parte donde yo me encontraba, se hallaba lleno de fango y mi caballo se hundía casi hasta las rodillas. Esto necesariamente había de impedirle lanzarse velozmente en el momento en que pasara el *Deshonesto* y yo le echara el lazo. Por otra parte, mi buen mozo de estribo había descuidado mi silla en la noche, y mi reata que venía guardada en una bolsa debajo del vaquerillo, había mojádose justamente en la parte de las "vueltas" adquiriendo una dureza, una rigidez, que hacía imposible dar vuelta a la cabeza de la silla una vez lazado el animal.

Pronto vencí esta dificultad amarrando la reata con nudo de puerco en el fuste y pasando después la punta por una de las argollas del cincho, para que en ningún caso se fuera la bestia con mi reata.

Hechos ya estos preparativos y en medio de mil suposiciones contradictorias permanecía yo en mi cansado caballo rosillo, que en aquellos momentos justificaba bien el nombre que de su color podía derivarse.

Ya daba yo por hecho que mozos y bestias habían tenido la fortuna de pasar por el "Puerto" sin ser sentidos por los ladrones, lo que era improbable porque estando tan cerca del camino debían haber sentido algún rumor que los habría puesto en movimiento. Sus hogueras acusaban su presencia, porque a su luz distinguía yo algunos bultos moviéndose entre los árboles del bosque que cubría ambas laderas del "Puerto".

Luego me imaginaba que mula y caballo, extraviando camino, habían ido a dar un gran rodeo para tomar el de México; otras veces los creía yo encerrados dentro del potrero que parecía indicar la grande cerca que tenía yo al frente.

No dejé de arrepentirme de mi proyecto de andar buscando aventuras, porque aquélla era del género tonto; pero de todas estas ideas me encontré libre cuando un resoplido lejano, pero del lado de Caurio, me indicó que mis suposiciones eran exactas, que el caballo había tomado ya el camino y que se disponía a entrar en el puerto; pero me había *venteado,* y por eso lanzaba su resoplido de alarma.

Daba yo por hecho que lo seguía la mula y no me equivoqué tampoco, porque algunos momentos después se dibujó en la oscuridad la arrogante figura del *Deshonesto,* con la cabeza erguida, el cuello arqueado, la cola figurando un hermoso plumero y avanzando con un trote muy levantado y muy garboso seguido de la mula.

Luego que me vio se detuvo, lanzó un nuevo resoplido, titubeó un momento entre retroceder o avanzar; miró a los lados buscando, salida, pero como no la tenía, se resolvió a pasar delante de mí, mas no ya al trote, ni en su postura galana y airosa, sino con toda la velocidad que le permitían sus poderosos músculos.

Mi caballito rosillo estaba inmóvil hundido en el lodo y agobiado por la fatiga de tanto día de camino en aquellos fangosos terrenos, así es que cuando le arrimé las espuelas para lanzar mi reata sobre el Deshonesto, el rosillo apenas sacó una mano del fango y luego una pata. Entretanto el colorado seguido de la mula se precipita con furioso ímpetu a pasar enfrente de mí, objeto de su espanto, y cuando llegaba a la más corta distancia lancé mi reata sin remolinear, sin más que presentarle mi lazada al frente como si hubiera intentado manganearlo. La aventé con el mayor ahínco, con el mayor empeño y bien abierta por temor de errar el lazo, y tanto que no sólo entró el pescuezo del caballo, sino que metiendo también una mano, la lazada se cerró cogiéndole el pecho. Más espantoso tirón no he recibido en mi vida, y como la reata era muy buena y nueva, resistió tan perfectamente, que arrancándome con todo y rosillo del punto donde estábamos casi atascados, fue a estrellarnos a la cerca que quedaba enfrente de mí.

El *Deshonesto* cayó de costillas en medio del camino hundiéndose en el lodo, y yo y mi rosillo con nuestro choque causamos el derrumbe de un pedazo grande de cerca, cuyo estruendo se oyó resonando en los inmediatos cerros.

Un nuevo *potreón* del *Deshonesto,* lo recibí desmontado y mi rosillo tendido a todo su largo en el lodo.

Comencé a llamar al colorado, a chiflarse y por fin hubo de reconocerme y se dejó acercar. Violentamente desensillé el rosillo y ensillé el colorado, montado en seguida, trayendo al primero del diestro.

La mula, fiel compañera del *Deshonesto,* no lo abandonó.

Algunos minutos después entraba yo nuevamente a Caurio donde un poco más tarde se me reunieron mis excelentes mozos.

Dirigidos por el guía nos pusimos en marcha. Habíamos librado, casi milagrosamente de caer en manos de los señores del puerto, como les llamaba la viejecita que me dio posada. Nada había yo perdido, porque mi maletón estaba intacto, pero sí gané la convicción de que para andar en caminos peligrosos, son más útiles los criados hombres de campo, que los hombres de bien buenos camaristas, así como de que suele haber lazos provechosos.

ÍNDICE

Nota preliminar IX
Advertencia 1

SIGLO XIX

Fray Servando Teresa de Mier (Italia y España) 11
Lorenzo de Zavala (Estados Unidos) 21
Manuel Payno (De Jalapa a Veracruz) 29
Bernabé Loyola (Michoacán) 35
Isabel Pesado (París) 43
José López Portillo y Rojas (Egipto) 51
Francisco Bulnes (Singapur) 65
Antonio García Cubas (De Tezuitlán a Nautla) 75
Ignacio Martínez (París) 91
Salvador Esquino (Italia) 99
José Miguel Echeverría (Guanajuato) 105
Alberto Lombardo (Estados Unidos) 115
Primera Peregrinación a Roma (A bordo del *Bolivia*) 121
Justo Sierra (Niágara) 133

SIGLO XX

Amado Nervo (París y Alemania) 145
Manuel Flores (Venecia) 151
Salvador Esquino (París) 157
José Peón del Valle (Rusia) 161
Luis G. Urbina (Toledo) 169
Carlos González Peña (A bordo del tren, en Estados Unidos) 177
José Vasconcelos (Brasil-Argentina) 185
Manuel Toussaint (España) 195
Djed Bórquez (Italia) 203
Salvador Novo (A bordo del tren en Estados Unidos-Nueva York). 209
Ulises Irigoyen (A bordo del *Orinoco*). 215
José González Ortega (Mombasa-Zanzíbar-Canal de Mozambique) 221